
La mujer híbrida japonesa

[Ayako Doi](#)

Mujer híbrida

Yoko Haruka

238 págs., Kodansha, Tokio, 2003 (en japonés)

Kekkon Shimasen!

(¡No me caso!)

Yoko Haruka

246 págs., Kodansha, Tokio, 2001 (en japonés)

De todos los problemas con que se enfrenta Japón, uno sin duda tendrá una mayor repercusión en su futuro. No es el plan nuclear de Corea del Norte ni su débil crecimiento económico ni el envío de tropas a un Irak convulso, ni siquiera la perspectiva de otro desastre natural como el terremoto que devastó Kobe, al sur de Japón, en 1995. Lo que de verdad amenaza su futuro es el descenso de su población y, sobre todo, el gran vacío que separa a los hombres y las mujeres.

Los problemas demográficos de Japón no son noticia, pero las cifras son impactantes. La media de hijos por mujer ha descendido casi de forma constante desde su máximo de cuatro hijos durante el baby boom de la posguerra. El año pasado había caído a 1,32 –cifra muy inferior a lo necesario para mantener los actuales índices de población–. En tres años, su población alcanzará un pico de 127,5 millones de habitantes, y descenderá lentamente, casi hasta la mitad, en 2100. Las consecuencias económicas –caída de la producción, abaratamiento de los terrenos y subida de los impuestos– serán nefastas.

Más preocupante aún es que los hombres que gobiernan ignoren las causas del descenso. Nunca les ha interesado saber por qué sus mujeres no quieren casarse ni tener hijos. Cuando les cuentan las dificultades, no escuchan; para ellos, son el molesto zumbido de una mosca: no merece su atención.

Este contexto ha conferido dimensión nacional al trabajo de Yoko Haruka sobre la difícil situación de las mujeres. Haruka, mordaz ensayista y personalidad mediática de Osaka, que ha superado la treintena, describe con claridad y ácido humor la indignación de las japonesas en dos libros recientes: *Kekkon shimasen!* (¡No me caso!) y *Hybrid woman* (*Mujer híbrida*).

Algunas japonesas han comprado espacios propios en los cementerios para no seguir unidas a sus esposos y a su familia política para la eternidad

La autora comienza ¡No me caso! describiendo el trato que recibió durante el funeral de su padre. Le mandaron que se sentara y caminara detrás de sus cinco hermanos, pequeños y mayores, y le prohibieron situarse en la fila para recibir el pésame de parientes y amigos. Haruka siente gran admiración por su cuñada, que soporta las malas palabras de su hermano mayor y de su madre, que vive con ellos. Su cuñada sonríe complaciente cuando corretea para atenderles, e incluso cuando le planta en la mano a su marido una cerveza fresca. Y le irrita una tía suya, a la que quiere mucho, cuando le cuenta que querría una nuera que fuera una mujer normal. Con lo de “normal” su tía se refiere a una mujer que, sin rechistar, se las arregle con los 200.000 yenes al mes (poco más de 1.500 euros) que su hijo trae a casa, una mujer sin aspiraciones en la vida.

La autora tampoco soporta a las conformistas de la alta sociedad de Tokio, que cocinan como un chef francés y viven en casas de ensueño. “Debemos servirles y atenderles, porque si nos dedicamos por completo a nuestros maridos y a nuestros hijos, nos escucharán; nuestros esfuerzos serán recompensados”, le susurra al oído una de ellas con una sonrisa tonta. Para alcanzar la felicidad, el ama de casa debe renunciar a sus aspiraciones, a sus sueños y a su comodidad, y someterse a la voluntad de su marido, sus hijos y su familia política. Aunque sea más inteligente que su marido o pueda ganar más, no debe demostrarlo.

Ser una mujer trabajadora en Japón, dice Haruka, es como jugar a un videojuego astutamente diseñado, imposible de ganar. La mujer que intenta seguir la tradición y hacer con rapidez las tareas domésticas termina

exhausta. Si deja la colada para el fin de semana o sirve una cena frente al televisor, su marido le dirá: “¿Pero qué clase de mujer eres tú?”. Además, el marido pretende que ella le pele la manzana, le alcance sus cigarros, le haga el café, y que le quede suficiente amor y energía para las relaciones sexuales. ¿Se imagina cómo sería su vida si tuviera dos o tres hijos?

Las japonesas tienen tres opciones, señala Haruka: renunciar a una carrera profesional y casarse, abandonar su carrera y casarse o planear su vida sin hombres. Japón, comenta Haruka, ha perfeccionado la explotación de la mujer combinando el patriarcado con la extraña variedad de capitalismo del país. Para una mujer profesional, emancipada, la soltería es la única vía para lograr la felicidad, si aprende a hacer caso omiso de los insultos de los hombres y los reproches de otras mujeres por su opción de vida.

Haruka no es la única que ha retratado la lamentable situación de las mujeres en Japón. En 1997, el Gobierno encargó un libro blanco para analizar el fenómeno del shoshika (descenso de nacimientos). El equipo que lo elaboró, dirigido por Michiko Mukuno, una burócrata casada, también sin hijos, señalaba que toda la culpa es de los trasnochados códigos sociales, por los que las mujeres casadas deben ocuparse del 100% de las tareas domésticas, para que sus maridos puedan dedicar el 100% de su tiempo y energía al trabajo. Aunque en los setenta las mujeres jóvenes empezaron a ocupar puestos de responsabilidad, las reglas del juego no cambiaron.

Hasta el Departamento de Estado de EE UU dedicó en su último informe sobre derechos humanos tres páginas a la discriminación de las mujeres japonesas. El informe señalaba que, aunque éstas son un 40% de los trabajadores en Japón, ocupan menos del 9% de los puestos de responsabilidad y, en promedio, sólo ganan un 65% del sueldo masculino. El informe critica el sistema de empleo de doble rasero por el que se contrata a las mujeres como secretarias que sirven café, sin posibilidades de ascenso. Aunque la legislación reconoce la igualdad de oportunidades ante el empleo (si bien no incluye ninguna sanción), ese sistema no sólo sigue vigente, sino que ha empeorado porque las empresas, debido a la recesión, recortan presupuesto y sustituyen al personal administrativo a tiempo completo

por trabajadores a tiempo parcial.



En política, los datos son igual de desalentadores. Sólo alrededor de un 10% de los miembros del Legislativo de Japón son mujeres. Aunque en los últimos años los primeros ministros han incluido mujeres en sus gabinetes, la mayoría de ellas alcanzaron esos puestos aceptando las normas políticas de los hombres. Cuando las mujeres tratan de imponer su voluntad en la poderosa burocracia, y se convierten en elementos subversivos, como la ex ministra de Asuntos Exteriores Makiko Tanaka, se arriesgan a que las machaquen. La oscura e interminable dimisión de Tanaka en 2002, después de sólo nueve meses en el cargo, pudo tener menos que ver con el hecho de ser mujer y más con su controvertida personalidad, pero muchas japonesas, como Haruka, están convencidas de que no fue así. Tanaka fue relevada de su cargo, comenta Haruka, porque se negó a mantener la boca cerrada para así no insultar el insustancial ego de sus colegas masculinos, y renunció a las comodidades de la vida de privilegios que disfrutaban burócratas y políticos.

Sin embargo, Haruka ha adoptado una postura defensiva. En Mujer híbrida aconseja a las mujeres aparentar docilidad en lugar de cuestionar la superioridad masculina, para lograr que sus maridos piensen que lo que ellas necesitan es empatía y protección. “Deja que los hombres comprensivos luchen tus batallas con hostilidad masculina”, sugiere. Una mujer híbrida sabe cómo utilizar a quienes la rodean para lograr la felicidad. “Los hombres, la compañía, el matrimonio, etc., son elementos que puedes usar para alcanzar tu meta, pero si no te son útiles prescinde de ellos”, escribe Haruka. “No culpes a los hombres ni dependas de ellos. No vivas

para tu marido y mucho menos para tu empresa”. ¿Quién puede culpar a las japonesas con aspiraciones por hacer lo que deben para conquistar la felicidad y el éxito en un sistema que les veta ambos?

En los tiempos que corren, los hombres y mujeres en Japón viven vidas separadas y se entienden menos. Cada vez más chicas jóvenes organizan sus vidas –labrándose una carrera profesional y comprando preservativos– en función de un futuro sin matrimonio. Los divorcios entre los veinteañeros y treintañeros han disminuido, pero esto ocurre en buena medida porque pocos de esos jóvenes se casan. Por el contrario, choca que los divorcios entre parejas casadas hace 30 años o más estén llegando a tasas de dos dígitos. En un país a la cabeza mundial en esperanza de vida femenina, cada vez más mujeres de mediana edad se niegan a pasar su larga jubilación con cónyuges egocéntricos. Algunas han llegado a comprar sepulturas en los cementerios para evitar que las aten a sus maridos y a su familias políticas por toda la eternidad.

Mientras el primer ministro, Junichiro Koizumi, revisa el sistema fiscal y de pensiones, las consecuencias sociales del rechazo femenino de la maternidad se hacen más visibles. La comisión fiscal del Gobierno estudia cómo reducir los impuestos a las personas físicas a un 50% de sus rentas durante los próximos 20 años, sin deteriorar los servicios. El shoshika implica que habrá tan pocos trabajadores en las próximas dos décadas que los impuestos tendrían que subir al 60% o más para financiar las pensiones y el nivel actual de atención médica a los ancianos.

A pesar de todo, los hombres en Japón siguen sin captarlo. En uno de los foros celebrados en Fukuoka, al sur del país, en junio, el ex primer ministro Yoshiro Mori afirmó que las mujeres sin hijos no deberían cobrar pensiones. “El Gobierno protege a aquellas mujeres que han dado a luz muchos niños en agradecimiento por su sacrificio. No está bien que las mujeres que no han tenido ninguno soliciten dinero de los contribuyentes cuando envejecen, después de haber disfrutado de una vida de libertad y diversión”, aseguró Mori. Sus comentarios recibieron un amplio respaldo masculino.

[Ayako Doi](#)

Mujer híbrida*Yoko Haruka*

238 págs., Kodansha, Tokio, 2003 (en japonés)

Kekkon Shimasen!

(¡No me caso!)

Yoko Haruka

246 págs., Kodansha, Tokio, 2001 (en japonés)

De todos los problemas con que se enfrenta Japón, uno sin duda tendrá una mayor repercusión en su futuro. No es el plan nuclear de Corea del Norte ni su débil crecimiento económico ni el envío de tropas a un Irak convulso, ni siquiera la perspectiva de otro desastre natural como el terremoto que devastó Kobe, al sur de Japón, en 1995. Lo que de verdad amenaza su futuro es el descenso de su población y, sobre todo, el gran vacío que separa a los hombres y las mujeres.

Los problemas demográficos de Japón no son noticia, pero las cifras son impactantes. La media de hijos por mujer ha descendido casi de forma constante desde su máximo de cuatro hijos durante el baby boom de la posguerra. El año pasado había caído a 1,32 –cifra muy inferior a lo necesario para mantener los actuales índices de población–. En tres años, su población alcanzará un pico de 127,5 millones de habitantes, y descenderá lentamente, casi hasta la mitad, en 2100. Las consecuencias económicas –caída de la producción, abaratamiento de los terrenos y subida de los impuestos– serán nefastas.

Más preocupante aún es que los hombres que gobiernan ignoren las causas del descenso. Nunca les ha interesado saber por qué sus mujeres no quieren casarse ni tener hijos. Cuando les cuentan las dificultades, no escuchan; para ellos, son el molesto zumbido de una mosca: no merece su atención.

Este contexto ha conferido dimensión nacional al trabajo de Yoko Haruka sobre la difícil situación de las mujeres. Haruka, mordaz ensayista y personalidad mediática de Osaka, que ha superado la treintena, describe con claridad y ácido humor la indignación de las japonesas en

dos libros recientes: Kekkon shimasen! (¡No me caso!) y Hybrid woman (Mujer híbrida).

Algunas japonesas han comprado espacios propios en los cementerios para no seguir unidas a sus esposos y a su familia política para la eternidad

La autora comienza ¡No me caso! describiendo el trato que recibió durante el funeral de su padre. Le mandaron que se sentara y caminara detrás de sus cinco hermanos, pequeños y mayores, y le prohibieron situarse en la fila para recibir el pésame de parientes y amigos. Haruka siente gran admiración por su cuñada, que soporta las malas palabras de su hermano mayor y de su madre, que vive con ellos. Su cuñada sonrío complaciente cuando corretea para atenderles, e incluso cuando le planta en la mano a su marido una cerveza fresca. Y le irrita una tía suya, a la que quiere mucho, cuando le cuenta que querría una nuera que fuera una mujer normal. Con lo de “normal” su tía se refiere a una mujer que, sin rechistar, se las arregle con los 200.000 yenes al mes (poco más de 1.500 euros) que su hijo trae a casa, una mujer sin aspiraciones en la vida.

La autora tampoco soporta a las conformistas de la alta sociedad de Tokio, que cocinan como un chef francés y viven en casas de ensueño. “Debemos servirles y atenderles, porque si nos dedicamos por completo a nuestros maridos y a nuestros hijos, nos escucharán; nuestros esfuerzos serán recompensados”, le susurra al oído una de ellas con una sonrisa tonta. Para alcanzar la felicidad, el ama de casa debe renunciar a sus aspiraciones, a sus sueños y a su comodidad, y someterse a la voluntad de su marido, sus hijos y su familia política. Aunque sea más inteligente que su marido o pueda ganar más, no debe demostrarlo.

Ser una mujer trabajadora en Japón, dice Haruka, es como jugar a un videojuego astutamente diseñado, imposible de ganar. La mujer que intenta seguir la tradición y hacer con rapidez las tareas domésticas termina exhausta. Si deja la colada para el fin de semana o sirve una cena frente al televisor, su marido le dirá: “¿Pero qué clase de mujer eres tú?”. Además, el marido pretende que ella le pele la manzana, le alcance sus cigarros, le haga el café, y que le quede

suficiente amor y energía para las relaciones sexuales. ¿Se imagina cómo sería su vida si tuviera dos o tres hijos?

Las japonesas tienen tres opciones, señala Haruka: renunciar a una carrera profesional y casarse, abandonar su carrera y casarse o planear su vida sin hombres. Japón, comenta Haruka, ha perfeccionado la explotación de la mujer combinando el patriarcado con la extraña variedad de capitalismo del país. Para una mujer profesional, emancipada, la soltería es la única vía para lograr la felicidad, si aprende a hacer caso omiso de los insultos de los hombres y los reproches de otras mujeres por su opción de vida.

Haruka no es la única que ha retratado la lamentable situación de las mujeres en Japón. En 1997, el Gobierno encargó un libro blanco para analizar el fenómeno del shoshika (descenso de nacimientos). El equipo que lo elaboró, dirigido por Michiko Mukuno, una burócrata casada, también sin hijos, señalaba que toda la culpa es de los trasnochados códigos sociales, por los que las mujeres casadas deben ocuparse del 100% de las tareas domésticas, para que sus maridos puedan dedicar el 100% de su tiempo y energía al trabajo. Aunque en los setenta las mujeres jóvenes empezaron a ocupar puestos de responsabilidad, las reglas del juego no cambiaron.

Hasta el Departamento de Estado de EE UU dedicó en su último informe sobre derechos humanos tres páginas a la discriminación de las mujeres japonesas. El informe señalaba que, aunque éstas son un 40% de los trabajadores en Japón, ocupan menos del 9% de los puestos de responsabilidad y, en promedio, sólo ganan un 65% del sueldo masculino. El informe critica el sistema de empleo de doble rasero por el que se contrata a las mujeres como secretarias que sirven café, sin posibilidades de ascenso. Aunque la legislación reconoce la igualdad de oportunidades ante el empleo (si bien no incluye ninguna sanción), ese sistema no sólo sigue vigente, sino que ha empeorado porque las empresas, debido a la recesión, recortan presupuesto y sustituyen al personal administrativo a tiempo completo por trabajadores a tiempo parcial.



En política, los datos son igual de desalentadores. Sólo alrededor de un 10% de los miembros del Legislativo de Japón son mujeres. Aunque en los últimos años los primeros ministros han incluido mujeres en sus gabinetes, la mayoría de ellas alcanzaron esos puestos aceptando las normas políticas de los hombres. Cuando las mujeres tratan de imponer su voluntad en la poderosa burocracia, y se convierten en elementos subversivos, como la ex ministra de Asuntos Exteriores Makiko Tanaka, se arriesgan a que las machaquen. La oscura e interminable dimisión de Tanaka en 2002, después de sólo nueve meses en el cargo, pudo tener menos que ver con el hecho de ser mujer y más con su controvertida personalidad, pero muchas japonesas, como Haruka, están convencidas de que no fue así. Tanaka fue relevada de su cargo, comenta Haruka, porque se negó a mantener la boca cerrada para así no insultar el insustancial ego de sus colegas masculinos, y renunció a las comodidades de la vida de privilegios que disfrutaban burócratas y políticos.

Sin embargo, Haruka ha adoptado una postura defensiva. En *Mujer híbrida* aconseja a las mujeres aparentar docilidad en lugar de cuestionar la superioridad masculina, para lograr que sus maridos piensen que lo que ellas necesitan es empatía y protección. “Deja que los hombres comprensivos luchen tus batallas con hostilidad masculina”, sugiere. Una mujer híbrida sabe cómo utilizar a quienes la rodean para lograr la felicidad. “Los hombres, la compañía, el matrimonio, etc., son elementos que puedes usar para alcanzar tu meta, pero si no te son útiles prescinde de ellos”, escribe Haruka. “No culpes a los hombres ni dependas de ellos. No vivas para tu marido y mucho menos para tu empresa”. ¿Quién puede

culpar a las japonesas con aspiraciones por hacer lo que deben para conquistar la felicidad y el éxito en un sistema que les veta ambos?

En los tiempos que corren, los hombres y mujeres en Japón viven vidas separadas y se entienden menos. Cada vez más chicas jóvenes organizan sus vidas –labrándose una carrera profesional y comprando preservativos– en función de un futuro sin matrimonio. Los divorcios entre los veinteañeros y treintañeros han disminuido, pero esto ocurre en buena medida porque pocos de esos jóvenes se casan. Por el contrario, choca que los divorcios entre parejas casadas hace 30 años o más estén llegando a tasas de dos dígitos. En un país a la cabeza mundial en esperanza de vida femenina, cada vez más mujeres de mediana edad se niegan a pasar su larga jubilación con cónyuges egocéntricos. Algunas han llegado a comprar sepulturas en los cementerios para evitar que las atenden sus maridos y a su familias políticas por toda la eternidad.

Mientras el primer ministro, Junichiro Koizumi, revisa el sistema fiscal y de pensiones, las consecuencias sociales del rechazo femenino de la maternidad se hacen más visibles. La comisión fiscal del Gobierno estudia cómo reducir los impuestos a las personas físicas a un 50% de sus rentas durante los próximos 20 años, sin deteriorar los servicios. El shoshika implica que habrá tan pocos trabajadores en las próximas dos décadas que los impuestos tendrían que subir al 60% o más para financiar las pensiones y el nivel actual de atención médica a los ancianos.

A pesar de todo, los hombres en Japón siguen sin captarlo. En uno de los foros celebrados en Fukuoka, al sur del país, en junio, el ex primer ministro Yoshiro Mori afirmó que las mujeres sin hijos no deberían cobrar pensiones. “El Gobierno protege a aquellas mujeres que han dado a luz muchos niños en agradecimiento por su sacrificio. No está bien que las mujeres que no han tenido ninguno soliciten dinero de los contribuyentes cuando envejecen, después de haber disfrutado de una vida de libertad y diversión”, aseguró Mori. Sus comentarios recibieron un amplio respaldo masculino.

Ayako Doi es directora de The Japan Digest en Japandigest.com

Fecha de creación

13 septiembre, 2007